

el mismo Louvois, confesaban el descalabro del ejército, y sin embargo, cada año, si se deja en olvido el Louvre, Versailles percibe sus centenares de miles de libras. En los últimos años de la guerra, la cifra de esos gastos se redujo, mas volvió á subir de un salto apenas firmada la paz y aun antes de que ésta hubiese reparado los desastres de seis años ruinosos. En resumen, Versailles costará setenta millones, equivalente á trescientos hoy en día (1).

Tampoco economizó el rey vidas humanas. La fiebre, producida por la remoción de tierras hecha para ensanchar con terraplenes el estrecho cerro primitivo, para abrir el canal y el estanque de los Suizos y para llevar el río Eure á las fuentes, mató millares de hombres. Saint-Simón refiere que en el campamento en donde se alojaban los trabajadores del acueducto de Maintenón «se prohibió, bajo severas penas, que se hablase de los enfermos y sobre todo de los muertos que el duro trabajo y más aún la exhalación de tantas tierras removidas mataban.»

En 1678 Versailles estaba azotada por una especie de peste: «El rey, escribe la señora de Sevigné, quiere ir el sábado á Versailles; mas diríase que Dios no lo quiere, á juzgar por la imposibilidad de que los edificios se hallen en estado de recibirle, y por la mortalidad prodigiosa de los obreros, de los que todas las noches se sacan, como del Hospital, carretadas de cadáveres. Se oculta esa triste situación para no introducir el espanto en los talleres y para no desacreditar el aire de ese favorito sin mérito (2).» Cierta día reprochóse á Luis XIV una de las muertes acaecidas en Versailles en una escena extraña que de Ormesón refiere: una mujer que «había perdido á su hijo á consecuencia de una caída mientras trabajaba en las máquinas de Versailles,» increpó al monarca «llamándole putaño, rey maquinista, tirano y otras mil necedades y extravagancias;» el rey, en extremo sorprendido, preguntó á la mujer si era á él á quien se dirigía, á lo que aquélla contestó «que

(1) Esta cifra que da Guiffrey (*Comptes des Bâtimens*, t. I, página XLI y sig.) no ha de ser considerada como definitiva, porque bien puede ser que ciertos gastos no figuren en las *Comptes des Bâtimens*, aparte de que estas cuentas inspiran poca confianza, desde el momento en que en ellas son frecuentes los errores de suma, las omisiones y las inversiones dobles. Guiffrey ha encontrado, por ejemplo, ciento cuatro errores de suma en los registros de los diez y siete primeros años. A partir de 1679, ni siquiera están puestos los totales al final de los capítulos. Un estado abreviado, hecho por el contralor general Pontchartrain con las cuentas del Tesoro (publicado por De Boislesle, *Correspondance des contrôleurs généraux*, t. I, Apéndice), da cifras ninguna de las cuales concuerda con las de las *Comptes des Bâtimens*, siendo la diferencia, á veces, de centenares de miles de libras. Á fines del siglo XVI, un oficial primero de los Edificios puso al pie de las cuentas de 1672: «Se habría partido de bases muy falsas si se hubiese trabajado sobre este registro y todos sus semejantes, cuando en 1778 y 1779 se trató de conocer lo que habían costado los Edificios, especialmente en los tiempos brillantes de Luis XIV.»

De modo que la cuestión del precio de Versailles, aunque tratada con frecuencia, no está definitivamente resuelta.

(2) La señora de Sevigné añade. «Ya conocéis ese chiste sobre Versailles.» Aquella carta la escribió á su primo Bussy-Rabutin, el cual recoge la palabra en su respuesta: «Ignoraba que se hubiese llamado á Versailles favorito sin mérito, pero no puede darse nada más exacto ni mejor expresado. Los reyes pueden, á fuerza de dinero, dar á la tierra una forma distinta de la que le diera la naturaleza; pero la calidad del agua y la del aire no dependen de su poder.»

si y continuó. Fué presa, condenada inmediatamente á la pena de azotes y llevada á las Petites-Maisons. Los azotes le fueron aplicados... con extremado rigor y aquella mujer no profirió ni una queja, sufriendo aquel mal como un mártir y por el amor de Dios.»

Pero la pasión por Versailles costó mucho más que millones de libras y millares de existencias. El fijar la residencia en aquel sitio equivalió á retirarse de la vida real para acogerse á la vida facticia de un palacio de hadas y de una ciudad nacida por decreto de letras patentes; fué desarraigar al rey, trasplantarlo á un terreno malo, en donde hasta entonces nada había brotado. En vez de la Nuestra Señora de Felipe Augusto, iglesias muy bajas que, con los demás edificios religiosos de Versailles, denotan con su escasa altura que se ha trastocado la proporción entre el rey y Dios; en vez de Casas Consistoriales con su cuerpo secular de magistrados, una pequeña comunidad parroquial tan humilde, que un día en que fué presentada al rey, no sabiendo qué decirle le entonó un cántico; en vez del palacio de justicia, de donde salen magistrados portadores de representaciones, ministerios y empleos; en vez de una población animada, de carácter libre, familiar de buen grado y en ocasiones insurrecta, millares de cortesanos que contemplan al señor y lo adoran. Y como consecuencia de todo ese atentado contra la naturaleza y contra la historia, la ruptura del contacto por el que se viene en conocimiento de los errores cometidos, la invitación á vivir tranquilamente para sí en la repetición de las mismas frivolidades y de los mismos escándalos, mientras crece en «la nación» la autoridad de París que, con la ausencia del rey, se vuelve más osado. Los grandes acontecimientos de un reinado no siempre son los que uno se figura: la instalación de Versailles fué más importante y de consecuencias más graves que cualquiera de las guerras de Luis XIV y aún que todas ellas juntas.

A este precio, Luis XIV y su época nos han dado uno de los símbolos más claros que en tiempo alguno haya ofrecido el arte á la inteligencia de los historiadores. Indudablemente hay que realizar un esfuerzo para reconocer, al presente, la vida maravillosa de los buenos tiempos del palacio y de sus jardines. «¿No es verdad que es una mansión encantada?» preguntaron á la señora de Cornuel que regresaba de Versailles, adonde había ido durante una ausencia del rey.—«Sí, respondió, pero es preciso que esté allí el hechicero.» Versailles es ahora un teatro vacío, después de terminada la representación que no se reproducirá nunca más. Aquel sitio, en donde todo emanaba de una persona y todo volvía á ella, conveniale á ésta tanto, que después no pudo convenir á otra. Pero contemplando, aunque no sea más que un momento, el modo como las escaleras, los planos, los bosquecillos y las terrazas ascienden hacia el pedestal del templo, y mirando de este templo la larga línea solemne y como indefinida, la modestia que dentro de la armonía general tiene el detalle, y por último la subordinación del conjunto á una idea sencillísima, se comprende que esa obra representa, en la sucesión de nuestra historia, un momento, el de la monarquía superior á todo, verdaderamente monárquica y como solitaria en su victoria.

CAPÍTULO IV

LA ERUDICIÓN Y LAS CIENCIAS

I.—La erudición (1)

La curiosidad por las cosas antiguas, tan viva en el siglo XVI, habíase debilitado por sus propios excesos, que rayaban en lo ridículo, y por los peligros que la Iglesia y el Estado opusieron á los espíritus aventureros que en la antigüedad, sagrada ó profana, buscaban argumentos para contradecir á las autoridades. Sin embargo, subsistía aún en una porción de eruditos y de «curiosos,» como entonces se decía, que coleccionaban objetos raros y documentos de toda especie para adornar con ellos sus despachos y sus bibliotecas.

Colbert fué un gran coleccionista; aconsejado por sabios como su bibliotecario Baluze, dióse el gusto de tener una hermosa biblioteca, y ese gusto, decía, es «casi el único que me doy en medio del trabajo á que me sujeta la necesidad del servicio y las órdenes del rey.» Tanto como de la suya ocupóse de la biblioteca del monarca, que enriqueció con volúmenes impresos, manuscritos y medallas.

Procuróse manuscritos comprando colecciones, como por ejemplo la del conde de Brienne que adquirió en 1662; al año siguiente, el conde de Bethune regalaba la suya al rey. En las provincias se organizaron verdaderas batidas para las cuales Colbert recurría á los buenos oficios de sus subordinados; así Daot, presidente de la Cámara de las Cuentas de Navarra, Boudón, tesorero de Francia en Montpellier, Daguesseau, intendente en Tolosa, y Dionisio Godefroy, custodio de los archivos de la Cámara de las Cuentas de Lila, mandaron sacar copias de «títulos útiles á la historia,» ó «necesarios para la conservación de los bienes de la corona,» ó por cualquier otro concepto interesantes. A Godefroy se le suplicó que «sostuviera correspondencia en toda la Flandes á fin de recoger los manuscritos ó las copias de todo

(1) FUENTES: Clement, *Lettres*, t. V y VII véanse en el índice las palabras *Bibliothèque*, *Manuscrits*, *Missions*, *Depping*, *Correspondance*... , tomo IV. *Comptes des Bâtimens*, t. I y II; *Lettres* de Chapelain citadas pág. 208. *Missions archéologiques françaises au Levant*, pub por Omont. («Collection des documents inédits»). *Huetiana ou pensées diverses de M. Huet*, Amsterdam, 1733.

OBRAS: Delisle, *Le cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, París, 1868-74, 4 vol. Mortreuil, *La Bibliothèque Nationale, son origine et ses accroissements*, París, 1878. Babelón, *Traité des monnaies grecques et romaines* (introducción del t. I), París, 1901. Bonnafé, *Dictionnaire des amateurs français au XVII^e siècle*, París, 1884. Vandal, *L'odyssée d'un ambassadeur. Les voyages du marquis de Nointel*, París, 1900. Langlois, *Manuel de bibliographie historique*, París, 1904. Pougeois, *Vansleb, sa vie, sa disgrâce*, París, 1869. De Grandmaison, *Gaignières, ses correspondants et ses collections de portraits*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1890-92, y en tirada aparte, Niort, 1892. Dom Tassin, *Histoire littéraire de la congrégation de Saint-Maur*, París, 1770. U. Robert, *Supplément à l'histoire littéraire de la congrégation de Saint-Maur*, París, 1881. Vanel, *Les bénédictins de Saint-Maur à Saint-Germain des Prés* (1630-1791), París, 1896. E. De Broglie, *Mabillon et la Société de Saint-Germain des Prés*, París, 1882, 2 vol. Büumer, *Joh. Mabillon*, Augsburg, 1892. Feugère, *Étude sur la vie et les ouvrages de Du Cange*, París, 1852. Fage, *Etienne Baluze, sa vie, ses ouvrages*, Tulle, 1899. Bernus, *Richard Simon*, Lausanne, 1869. Margival, *Essai sur Rich. Simon*, París, 1900.

cuanto hubiera allí bello ó curioso.» Los manuscritos eran buscados especialmente en los archivos municipales ó eclesiásticos. Colbert recomendaba que no se pagasen caros: «Observamos que á menudo una pequeña gratificación produce gran efecto en los religiosos y en los canónigos,» escribía; y aun intentaba obtenerlos de balde. Así, por ejemplo, habiendo sabido por Baluze que los carmelitas descalzos de Clermont poseían dos manuscritos de confesiones y homenajes tributados á Felipe Augusto, encargó al intendente que los reclamase como cosa debida al rey: «Con darles vuestro recibo quedarán bien y válidamente descargados.» La ciudad de Gante, al rendirse en 1678, estipuló que conservaría sus archivos, pero Colbert envió á aquella ciudad á Godefroy para que se apoderase de ellos: «El rey no puede mandar que sean sacados públicamente, porque á ello se opone la capitulación, pero vos podéis hacer desaparecer con habilidad el mayor número posible de ellos.»

Colbert daba gran valor á los manuscritos, documentos y reliquias de la antigüedad latina, griega y oriental; de aquí que invitara por medio de circulares á los cónsules de Levante á que «se informasen de las ocasiones» para adquirirlos y á que «no dejasen escapar ninguno.» Los cónsules de Chipre y de Alepo mostráronse muy activos, y el último, D'Arvieux, escribía en 1681: «Tengo establecido en Persia y en Mesopotamia un comercio con gentes que no me enviarán nada que no sea muy selecto.» Al embajador de Francia en Constantinopla, marqués de Nointel, se le rogó que remitiera á Francia todos los manuscritos griegos que en aquella ciudad pudieran encontrarse: «El público hallará en ello gran ventaja, decía Colbert, puesto que los literatos, con la edición de muchos documentos no impresos, enriquecerían cada uno la ciencia de su profesión, adornando así nuestra Francia con los despojos del Oriente.» Nointel puso gran celo en contentar al ministro, pero manifestaba que la búsqueda de antigüedades se iba haciendo difícil: «Tantas personas de todas naciones la han generalizado de tal manera, que casi todo está agotado, dando ello lugar á que se falsifique mucho.»

Varias misiones partieron de Francia para Oriente. Vansleb, nacido cerca de Erfurt, hijo de un pastor luterano y que, de regreso de una larga misión costeada por el duque de Sajonia-Gotha, se había hecho dominicano en Roma, entró al servicio del monarca francés, por recomendación de Colbert, y en mayo de 1671 embarcóse en Marsella, llevándose unas instrucciones como las que se redactaban para los embajadores (1).

(2) Declan esas instrucciones: «Habrá de buscar y de enviar aquí la mayor cantidad posible de manuscritos buenos y de medallas antiguas,» y sobre todo no «dejar escapar ningún libro histórico, ni de leyes civiles ó eclesiásticas.» Indican, también, los lugares en donde encontraría manuscritos: el monte Athos, el Sinaí, «los conventos de los desiertos de la Nitria,» Constantinopla, Ispahán, Etiopía; y mencionaban las personas con quienes puede entrarse en tratos, como, por ejemplo, un patriarca y un médico que «son griegos y, por ende, más amigos del dinero que de los libros.» Además Vansleb habrá de tomar nota de todo cuanto encuentre interesante; describir los edificios así antiguos como modernos; enviar, á ser posible, «las estatuas y los bajos relieves que son de buenos maestros;» hacer «descripciones de todas las máquinas, principalmente de las que aquí no se usan, así como de todas las herramientas y de todas las artes que son diferentes de las nuestras ó que tienen algo de particular, y hasta vestidos peculiares de cada nación. «Formará una colección de las

Visitó Chipre, Trípoli de Siria, Alepo, Damasco y Seide, en donde pasó el invierno; permaneció dos años en Egipto y otros dos en Constantinopla, y en mayo de 1676, en el momento en que se encaminaba á Etiopía, fué de pronto llamado á Francia acusado de haber dilapidado los fondos de la misión. Vansleb había enviado á París 575 volúmenes de manuscritos, curiosidades, medallas y multitud de libros orientales. Otros viajeros recogieron valiosos manuscritos hebreos, griegos y persas: Petis de la Croix, que partió á fines de 1673, permaneció muchos años en Levante, pudiendo hacerse en Persia con ejemplares del *Zend* y del *Avesta*; en Bassora, el jeque Yahya, que es, según él dice, el nombre del párroco de los Saby, le presentó el *Libro de la religión y de la historia de los Saby* y se lo regaló después de haberle hecho jurar que estaba destinado efectivamente al emperador de Francia, y al libro agregó, añade Petis, «varias figuras de magia, por miedo de que le ocurriera alguna desgracia durante mi viaje.»

La numismática tenía en toda Europa ardientes aficionados, y en París celebrábase una «academia de medallistas» en casa de Pedro Seguin, deán de Saint-Germain-l'Auxerrois, á quien se denominaba «el dictador de los anticuarios.» La gran boga que alcanzaron las monedas hizo que en todos los países surgiesen falsificadores. El jesuita P. Hardouin afirmaba que todas las monedas antiguas eran «supuestas» y acusaba á los benedictinos de falsificadores de monedas viejas. El rey poseía un número muy exiguo de medallas, pues su padre Luis XIII había tenido muy poca afición «á esa antífona,» como él decía; pero los eruditos que tomó á su servicio le arreglaron un rico «gabinete.» Uno de los misioneros enviados á Europa y á Levante, Vaillant, «anticuario del rey,» hizo dos veces el viaje á Italia, fué á Grecia, á Egipto y á Persia y tuvo aventuras extraordinarias; cuando regresaba de su primer viaje, fué apresado por unos piratas y para salvar algunas medallas de oro, se las tragó. Adquiriéronse muchas y muy buenas colecciones en diversos países, y el rey felicitóse de haber añadido á su biblioteca, «la más completa de Europa por la cantidad de libros de todas clases, los más raros en todas las lenguas,» medallas antiguas y modernas, que son «uno de los más fieles monumentos de la historia.» En 1683 hizo trasladar sus medallas á Versailles y mientras duró su clasificación y colocación, casi todos los días, entre la misa y la comida, iba á visitarlas.

Colbert buscaba la utilidad dondequiera que pudiese hallarse, y como de los viejos pergaminos y de las historias añejas un sabio hábil podía sacar conocimientos aprovechables en política, hizo que Baluze le ilustrase acerca de los antecedentes de las cuestiones que perturbaban su época, como por ejemplo, el jansenismo y las «herejías que han afligido á la Iglesia desde sus primeros tiempos.» Al propio Baluze, que proyectaba escribir un tratado sobre las asambleas del clero, le dijo: «Paréceme ese proyecto muy hermoso y es preciso continuarlo.» Pedía á los eruditos argumentos para la

inscripciones antiguas que encuentre, á fin de que pueda estudiarse «en qué estado se hallan actualmente los restos miserables del poderío antiguo.» Y por último, «observará todo lo que puede entrar en la composición de la historia natural de cada país, traerá animales disecados, muestras de rocas, granos, hojas secas, y copiará «todas las recetas de que pueda tener noticia.»

defensa y aumento de los derechos y bienes del rey; así Baluze hizo el padrón de esos bienes en varias provincias y Godefroy practicó informaciones y redactó memorias sobre derechos adquiridos en virtud de tratados de paz. Pero Colbert estimaba también la utilidad de los manuscritos para el estudio de la «historia» y se interesaba por la historia en sí misma; por esto invitó á Baluze á que publicara las capitulares de los reyes francos, libro, decía, «que concierne á la gloria de nuestros reyes y que puede merecer alguna consideración en la República de las Letras,» y protegió y pensionó á algunos sabios que no eran más que sabios. Hubiera querido que se escribiesen buenas historias de todas las provincias de Francia, y á instancias suyas emprendió La Thaumassière la de Berri. En junio de 1683, en las últimas semanas de su vida, hizo saber á los intendentes que al rey le gustaría que hubiese en todas las provincias trabajadores de esa clase.

«Si encontráis algún joven de veinticinco á treinta años que tenga talento y se sienta dispuesto á dedicarse á la investigación de todo cuanto pudiese componer la historia de una provincia, ó á cualquiera otra ciencia, podríais excitarle á que acometiese esa labor y redoblase su aplicación á la ciencia ó á la investigación que fuese de su agrado ó de su genio, y en este caso, según su trabajo y su mérito, podría yo conseguir para él una gratificación de Su Majestad.»

El trabajo de la erudición francesa durante la segunda mitad del siglo XVII fué muy digno de estimación.

Bien es verdad que la filología clásica se vió poco menos que abandonada. En el siglo XVI, Francia había hecho de ella una ciencia, y muy útil; nuestros eruditos habían demostrado que una literatura sólo puede ser comprendida conociendo la civilización en que se produjo y que una civilización no puede conocerse sino mediante el estudio y la crítica de todo linaje de documentos. Escaligero, Casaubón, que con Juste-Lipse formaban «el triunvirato;» Budé, Turnebe, Lambin, los Estienne y Pithou habían constituido una hermosa pléyade de filólogos que publicaron textos mejorados y comentados y trabajaban sin ayuda de repertorios, recorriendo para los cotejos y las comparaciones solamente á su memoria, fecundada por una inmensa lectura. Roberto y Enrique Estienne, á fin de dar á sus sucesores los instrumentos de que ellos carecían, habían publicado en 1531 y 1572 sus «tesoros» de las lenguas griega y latina.

Pero esa actividad calmóse muy pronto: en el siglo XVII, las inteligencias se apartaron de los estudios filológicos y los desdeñaron, sintiéndose atraídas por el brillo de la literatura moderna, de la filosofía y de las matemáticas, de tal manera que no parecía sino que, después de los grandes trabajos del Renacimiento, no quedase ninguna empresa interesante que acometer. El estudio de la antigüedad no debía reflorear sino después que la exploración de Grecia, de Egipto y de Asia revelara nuevos horizontes; y Huet, el obispo de Avranches, que tenía todas las cualidades del filólogo, consideraba el oficio perdido: «Hallo la misma diferencia entre un sabio de los siglos XV y XVI y un sabio de hoy que entre Cristóbal Colón descubriendo el Nuevo Mundo y el patrón de un paquebot que hace diariamente la travesía de Calais á Douvres.» Durante

una corta temporada dedicóse al estudio del texto de Orígenes, pero desistió de él por falta de manuscritos con los cuales había contado, aunque también, añade, «si hay que decir la verdad, á causa de la inmensidad de un trabajo sin lucimiento y que me espantaba. Prefería que otros desempeñasen el oficio bajo y casi degradante de recogedores de notas minuciosas y de pescadores de variantes;» en otro pasaje dice: de «escardadores del campo de la literatura.»

Las ciencias auxiliares de la filología produjeron algunas buenas publicaciones, tales como *Recherches des antiquités de Lyon* (*Investigaciones de las antigüedades de Lyon*), los viajes de Italia, de Dalmacia, de Grecia y de Levante, y las *Recherches curieuses d'antiquités* (*Investigaciones curiosas de antigüedades*) que publicó Spon, de 1673 á 1683.

Al revés de la filología, la historia de las antigüedades nacionales y la de las antigüedades de la Iglesia no había dejado de tener cultivadores desde el siglo XVI. Los primeros humanistas habían menospreciado la Edad media, en la que Lambin sólo encontraba bagatelas, ineptias y barbarie (*merae nugae, merae ineptiae, merae barbaries*); pero en todos los países, en Alemania especialmente, algunos eruditos, por natural curiosidad y por sentimiento patriótico, habíanse puesto á estudiar textos históricos, eclesiásticos y jurídicos del período en que nacieron las naciones modernas. En Francia habíanse publicado en el siglo XVI ediciones de Gregorio de Tours, de Froissart, etc., y á fines del mismo siglo y principios del XVII, Pedro Pithou había editado grandes compilaciones de *Scriptores*, y realizado algunos trabajos sobre las capitulares, sobre el derecho antiguo y sobre la historia de la Champaña; y Bongars había publicado una colección de documentos sobre las Cruzadas, las *Gesta Dei per Francos*. Otros habían estudiado instituciones y usajes de provincias, por ejemplo, Loisel los del Beauvais, d'Argentré los de Bretaña, etc.; y algunos, como Juan Du Tillet y Esteban Pasquier, las instituciones monárquicas. Andrés Duchesne había editado las fuentes de la historia de Normandía, *Historiae Normannorum scriptores antiqui*, y los dos primeros tomos de un cuerpo de *Scriptores* de la historia de Francia que había de tener veinticuatro, y los eruditos de nuestros días admiran la obra por él realizada y la que había preparada reuniendo un número enorme de documentos metódicamente clasificados. Uno de los hermanos Dupuy, que presidían un círculo de eruditos denominado «Academia puteana,» había sacado del tesoro de las Cartas, del cual era custodio, un *Tratado de los derechos y de las libertades de la Iglesia galicana* y una *Historia de la contienda entre el papa Bonifacio VIII y el rey Felipe el Hermoso*, en las que se defienden los derechos del rey y de la Iglesia galicana contra el papado.

En el mismo período, el catolicismo había comenzado en Italia, en Alemania y en Francia, á defenderse contra la Reforma por medio de la historia. Francia había dado «á la Iglesia un gran contingente de eruditos... que, movidos por su laboriosa curiosidad, renovaron en algunos casos los prodigios de los humanistas del Renacimiento.» El P. Sirmont, jesuita, había publicado sus *Concilia antiqua Galliae*, y otros padres jesuitas, Fronton du Duc, Petau, Chifflet, Labbe, varios

padres del Oratorio, Juan Morin y Lecoigne, y el benedictino Lucas de Achery habían fundado «el estudio de la arqueología, de la numismática y de la filología sagrada,» y comenzado «á ilustrar la historia de la antigüedad y de la Edad media cristiana (1), ya con obras dignas, aun hoy en día, de gran aprecio, ya con ediciones todavía más preciosas.»

Durante la segunda mitad del siglo XVII, la labor histórica fué más importante aún por la calidad que por la cantidad.

Los jesuitas publicaron una colección de *Escritores varios de la historia bizantina* (2), y el P. Felipe Labbe, á quien el rey encomendara esa publicación, escribió la introducción en forma de prefacio al tomo primero. El propio P. Labbe dirigió la edición de una compilación conciliar, los *Sacrosantos concilios* (3), y el P. Hardouin compuso por mandato de la Asamblea del Clero, la *Colección regia mayor de las colecciones conciliares* (4). Después que el P. Rosweyde hubo concebido la idea de substituir las «leyendas doradas» con biografías de santos, el P. Bolland comenzó la obra inmensa, que todavía continúan los bolandistas, de los *Actos de los Santos* (5), «es decir, los documentos relativos á su vida con disertaciones preliminares, notas é índices, siguiendo el orden litúrgico de las conmemoraciones señaladas en el calendario romano.» La crítica de los bolandistas tuvo que habérselas con «leyendas en las cuales estaban interesadas muchas pasiones ciegas» y «ha sido, por lo general, todo lo honrada y atrevida posible.»—La obra de los benedictinos de Saint-Maur es inmensa: colección de los Padres griegos y latinos; *Actos de los santos de la orden de San Benito* (6); *Anales de la orden de San Benito hasta el año 1157* (7); *Actos exactos y escogidos de los primeros mártires* (8); *Ritos antiguos de la Iglesia* (9); *Galia cristiana* (10); nomenclatura de los arzobispos y obispos de Francia. Este último trabajo fué sólo bosquejado en el siglo XVII y proseguido en el XVIII, en el que los benedictinos publicaron los *Historiadores de las Galias y de Francia* (11), la *Historia literaria de Francia* (12) y multitud de trabajos sobre la historia de las

(1) Véase en Rebelliau, *Bossuet historien du protestantisme*, 2.^a ed. París, 1892, el capítulo II del libro I titulado «De la influencia de la erudición contemporánea sobre Bossuet.» Las notas de ese capítulo dan indicaciones bibliográficas y textos. Mr. Rebelliau hace constar que la historia de la erudición francesa en el siglo XVII está aún por escribir.

(2) *Byzantinae historiae varii scriptores*, París 1648-1711, de 24 á 47 vol. (según el modo como han sido encuadernados).

(3) *Sacrosancta concilia ad regiam editionem exactam*, por los PP. Labbe y Cossart, París, 1671-72, 17 vol.

(4) *Collectio regia maxima conciliorum*, París, 1715, 12 vol.

(5) *Acta sanctorum*, Amberes, 1643 y sig. (El tomo LVI se publicó en 1902).

(6) *Acta sanctorum ordinis Sancti Benedicti*, París, 1663-1701, 9 vol.

(7) *Annales ordinis Sancti Benedicti ad annum MCLVII*, París, 1703-1739, 6 vol.

(8) *Acta primorum martyrum sincera et selecta*, por Dom Ruinart, París, 1689.

(9) *De antiquis Ecclesiae ritibus*, por Dom Martene, Ruán, 1700, 3 vol.

(10) *Gallia Christiana*, París, 1656, 4 vol. Nueva edición, no terminada, en 13 vol., 1715-1785.

(11) *Recueil des historiens des Gaules et de la France*, comenzada por Dom Bouquet, 8 vol. publicados en 1737-1752.

(12) *Histoire littéraire de la France*, comenzada por Dom Rivet, 9 vol., publicados en 1733-1750.

ciudades y de las provincias. De los que colaboraron en la obra de los benedictinos muchos fueron eruditos mediocres y sólo unos pocos verdaderos y grandes eruditos; pero gracias a la inteligencia de los directores, al celo de los dirigidos y a la paciencia y continuidad del esfuerzo, la obra ha quedado como monumento memorable y precioso. La Academia de Inscripciones y Bellas Letras prosigue muy lentamente el *Recueil des historiens* y la *Histoire littéraire*.

Otros religiosos trabajaron en la historia de la Francia: un P. del Oratorio publicó los *Anales eclesiásticos de Francia* (1); otro de la misma orden, el P. Thomasin, la *Antigua y nueva disciplina de la Iglesia concerniente a los beneficios* (1678), y un agustino la *Historia genealógica de la casa de Francia* (2). Uno de los señores de Port-Royal, Le Nain de Tillemont, escribió una *Vida de San Luis*, una *Historia de los emperadores y de los demás príncipes que reinaron durante los seis primeros siglos de la Iglesia*, y unas *Memorias para la historia eclesiástica de los seis primeros siglos* (3), obras en las cuales supo reunir con gran cuidado diversos textos.

Entre los laicos hubo coleccionadores que prestaron grandes servicios a los eruditos: Roger de Gagnier, escudero del duque de Guisa, recogió curiosidades de toda clase y nunca salía al campo sin llevar consigo dibujantes y pintores; muchos antiguos monumentos no se conocen actualmente más que por los dibujos de sus carteras. Roger de Gagnier era gran amigo de los benedictinos.

Uno de los trabajadores mejores y más fecundos que han existido fué Carlos du Fresne, señor del Cange, que vivió desde 1610 a 1688; fué tesorero de Francia en Amiéns, su ciudad natal, y se dedicó con gran afición al estudio de los autores de la baja latinidad, a causa «del gran número de cosas nuevas y para él desconocidas» ha dicho, que cada día descubría en ellos. En las palabras «que nosotros llamamos bárbaras» hallaba «un no sé qué del que sacaba gran número de conocimientos» (*nescio quid unde plurimum perciperetur eruditionis*) así sobre las instituciones y costumbres de los antiguos como sobre los orígenes del idioma vulgar, y en su espíritu sentía gran placer (*non mediocri animi voluptate*). Copiaba y clasificaba los textos que contenían aquellas palabras preciosas, y de este modo, poco a poco y simultáneamente con otros trabajos, aumentó su «inmensa cosecha», ofreciéndola al público en forma de *Glosario de la latinidad media y baja* (4), en el que cada palabra es una compilación de textos frecuentemente acompañada de disertaciones, y varias de ellas constituyen verdaderos tratados sobre materias difíciles. Ese diccionario es una enciclopedia de la Edad media, fruto de una

(1) *Annales ecclesiastici Francorum*, por el P. Leconte, París, 1665-83, 8 vol.

(2) *Histoire généalogique et chronologique de la maison royale de France*, por el P. Anselmo, 1.^a ed., París, 1674, 2 vol.; 3.^a ed. por los PP. Angel de Santa Rosalía y Simpliciano, París, 1726-33, 9 vol.

(3) *Vie de Saint Louis*, publicada según el manuscrito de la Biblioteca Nacional por J. de Gaulle, París, 1847-51, 6 vol. (Soc. de l'hist. de France). — *Histoire des Empereurs...*, París, 1691-1738, 6 vol. — *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique...*, París, 1695-1713, 16 vol.

(4) *Glossarium adscriptores mediae et infimae latinitatis*, París, 1678, 3 vol. Nueva ed. Henschel-Didot, París 1840-50, 7 vol.

erudición inmensa y perspicaz. Cuando lo hubo terminado, era casi septuagenario, pero parecía que un «amigo de las letras, enemigo de la ociosidad vergonzosa, no debía estar nunca sin leer algo», y diez años después publicaba el *Glosario del medio y bajo helenismo* (5). También publicó ediciones eruditas de Villehardouin y de Joinville, y de haber vivido más de lo que vive un hombre, habría publicado una *Descripción de la Galia y de Francia*, un *Nobiliario*, en forma de glosario de la nobleza de Francia, etc. De sus papeles se sacaron y publicaron en 1841 una *Historia del estado de la ciudad de Amiéns y de sus condes* y en 1869 las *Familias de ultramar* (6).

El lemosin Baluze, diestro en la caza de manuscritos, coleccionista afortunado y crítico muy sagaz, publicó el tomo primero de una *Nueva colección de los concilios*, unas *Misceláneas*, las *Capitulares de los reyes francos*, las *Vidas de los papas de Aviñón*, una *Historia genealógica de la casa de Auvernia* y la *Historia de Tulle en tres libros* (7).

Hubo, pues, en Francia un número bastante grande de eruditos que estudiaron las antigüedades de Francia y las de la Iglesia; las primeras no interesaban al público, porque ¿qué les importaban a Luis XIV y a sus súbditos los orígenes de Francia? La lectura de Gregorio de Tours ó de Joinville habría disgustado, caso de que se hubiesen dedicado a ella, a hombres a quienes encantaban Tácito y Plutarco, aparte de que les habría engañado respecto de la historia de Grecia y de Roma. Los sabios de cosas «góticas» trabajaban, en aquel momento del siglo XVII, aislados y en la sombra.

En cambio, la historia de la Iglesia y de la religión siguió apasionando los espíritus. Los dos partidos adversos, católicos y protestantes, una vez agotada la discusión dogmática, pedían a la historia la prueba de que sus creencias eran conformes a las de la Iglesia primitiva. Por parte de los católicos, los señores de Port-Royal defendieron la tesis sentada por Arnauld: «Todos los dogmas de la fe son antiguos como la Iglesia y todos han sido creídos distintamente por los apóstoles.» Nicole publicó en 1664 su tratado sobre la *Perpetuidad de la fe de la Iglesia católica en lo tocante a la Eucaristía* que luego defendió contra la crítica protestante de Claude.

La atención consagrada a los documentos relativos a la religión tuvo consecuencias importantes. El estudio de la teología experimentó un gran cambio; a la teología «escolástica» que hasta entonces había procedido principalmente por el raciocinio, sucedió la «positiva», que fué enteramente histórica, y el P. Lamy, del Oratorio, enseñó que la teología «no es más que una historia de lo que Dios ha revelado a los hombres ó de lo que la Iglesia en todos tiempos ha creído.» Para llegar a la verdad histórica fué, pues, preciso proceder según los métodos de la erudición.

(5) *Glossarium mediae et infimae graecitatis*, Lyon, 1688.

(6) *Histoire de l'état de la ville d'Amiéns...*, pub. por la «Société des Antiquaires de Picardie», 1841. — *Les Familles d'outremer*, París, 1689. («Collection des Documents inédits.»)

(7) *Conciliorum nova collectio*, t. I. París, 1683. — *Miscellanea*, París, 1678-1715, 7 vol. — *Capitularia regum Francorum*, París, 1677, 2 vol. — *Vitae Paparum Avenionensium*, París, 1693, 2 vol. — *Histoire généalogique de la maison d'Auvergne*, 2 vol. 1708. — *Historia Tutelensis libri tres*, 1717.

Por haber dudado el P. Papebrock, jesuita, de la autenticidad de ciertos diplomas antiguos que se conservaban en los archivos benedictinos (los jesuitas y los benedictinos no se querían mucho), el benedictino Mabilón compuso *Seis libros sobre la diplomática* (1), en los que por vez primera se exponían los principios de esta ciencia; y a medida que hubo de defender su tratado de los ataques que le dirigieron, fué precisando más y más su método y llegó a imaginarse una regla de los estudios, que expuso más adelante, en 1691, en su *Tratado de los estudios monásticos*, y cuyo espíritu es cartesiano, pues Mabilón habla de «luz razonable» y de «ideas claras y distintas.» La gran ambición que sentía por los estudios monásticos llegaba hasta el punto de exigir a los monjes una cultura universal, y el derecho de examen y de juicio. Esas ideas penetraron en los escritores religiosos, y así Le Nain de Tillemont decía: «Es preciso no sentar más que lo verdadero y aun, a ser posible, más que lo que sea indudablemente cierto;» y en las *Memorias* que compuso para la *historia eclesiástica de los seis primeros siglos* hacia la siguiente notable declaración: «El autor no se mete... a examinar las consecuencias que podrían deducirse de los hechos que encuentra sentados por buenos autores, ni a contestar a las objeciones que se les han opuesto ó que podrían oponerseles... Se contenta con buscar la verdad de los hechos.» Estas palabras eran realmente graves; pero a fuer de hombre de fe previa y tranquila, añade: «Con tal que la encuentre (la verdad), no teme que de ella se abuse, porque está seguro de que la verdad no puede ser contraria a la verdad y, por ende, a la piedad,» y cita la frase de San Agustín: «Nuestra piedad no está en la ilusión ni en la mentira.» Así opinaba también Launoy, profesor del colegio de Navarra: «La verdad, decía, no necesita de los hombres (*Veritas non eget hominum mendacio*). Launoy se remontó al origen de muchas leyendas, por lo que se le denominó el «descubridor de falsos santos,» y no suavizó su crítica con circunloquios; así, refiriéndose a la leyenda de la venida de Lázaro y de María Magdalena a Provenza, opinaba que sería difícil hallar una fábula más tonta que esta: *Vix invenires fabulam quae istam insulitate superet*. Los supersticiosos le parecían «más insoportables que los impíos,» y tenía la certeza de que la religión nada había de temer de la crítica. Pero tal afirmación no era muy segura; y por esto el arzobispo Le Camus, que alababa a Launoy como «hombre muy a propósito para desbastar y encaminar a un joven teólogo,» decía también que «si sus discípulos no se agarran bien, es muy de temer el libertinaje.» En efecto, esas operaciones de la crítica eran peligrosas (2).

Y el peligro aumentó cuando el P. Ricardo Simón, del Oratorio, se puso a estudiar los textos sagrados. Después de haber aprendido solo varios idiomas, leyó la Biblia, como habría podido leer otro libro cualquiera, con toda libertad, sin preocupación de respeto; examinó los textos de que la compilación bíblica se compone, clasificó las diversas traducciones del texto hebreo, opuso la exégesis científica, tal como él la practicaba, a la exégesis tradicional y con este método escribió la

(1) *De re diplomatia libri sex*, París, 1681.

(2) Véase Rebellieu, *Bossuet historien* .. en el pasaje citado en la nota de la pág. 245.

Historia crítica del Antiguo Testamento, que publicó en 1678. Demostrar que en la Escritura hay faltas de copistas, contrasentidos é interpolaciones y que no debemos fiarnos del texto sagrado tradicional más que de cualquier otro, no era hacer obra de católico, desde el momento en que enfrente de la creencia de los protestantes de que en la Biblia todo es revelado, de que la traducción de los Setenta ha sido inspirada y de que, por consiguiente, allí está la palabra de Dios para decidir todas las controversias sin necesidad de recurrir a la autoridad de la tradición, sostenían los doctores católicos que la Escritura contiene imperfecciones y obscuridades que hacen necesaria esa autoridad personificada en la Iglesia. Bossuet utilizó este argumento en su controversia con Claude; pero Bossuet, que había leído el libro de Simón antes de ser puesto en venta, opinó que el autor había puesto demasiado de manifiesto los defectos de la Escritura; que su libro estaba «plagado de dudas é incertidumbres acerca de los misterios de la fe;» y que esa crítica era «la incredulidad... reducida a método.» En virtud de todo ello, Bossuet consiguió que aquella obra fuese condenada. Simón fué expulsado del Oratorio, mas no por esto se desanimó, antes al contrario dedicóse a estudiar el Nuevo Testamento después de haber estudiado el Antiguo. Por aquel mismo entonces inaugurará el hugonote Bayle su crítica destructora, y él y Simón se encontrarán al final del reinado que pareció ser el fin del régimen de las autoridades.

II.—Las ciencias (3)

Durante la primera mitad del siglo XVII abundaron los acontecimientos de gran importancia para la historia de las ciencias. En 1640, el canceller de Inglaterra, Bacon, expuso en términos poéticos, en el *Novum Organum*, el método de las ciencias naturales, condenando en aquella obra la costumbre escolástica de proceder, en la investigación científica, por razonamientos deducidos de concepciones apriorísticas: «El sabio, decía, no debe operar como la araña que todo lo saca de ella misma,» sino que ha de observar los hechos y comprobarlos por medio de los experimentos. Y no debe limitarse a poner los hechos unos al lado de otros, porque se parecería a «la hormiga que amontona,» sino que

(3) FUENTES: Clement, *Lettres*., Depping, *Correspondance...*, Guiffrey, *Comptes des Bâtiments*, citados en la página 208. *Histoire et Mémoires de l'Académie des sciences depuis son établissement, en 1666, jusqu'à l'année 1790*, 114 vol., París, 1733-1797 (índice alfabético por Godin, Demours y Cotte, 10 vol., 1734-1809). Fontenelle, *Oeuvres*, París, 1790, 8 vol. C. Perrault, *Mémoires*, publicadas por Lacroix, París, 1878. Huygens, *Oeuvres complètes* publicadas por la «Société hollandaise des sciences,» La Haya, 1888 y siguientes (en curso de publicación).

OBRAS: Además de las de Maury y Bertrand, citadas en la pág. 208, Maindron, *L'Académie des sciences*, París, 1888. Biot, *Mélanges scientifiques et littéraires*, París, 1858. Bouillier, *Histoire de la philosophie cartésienne*, París, 1854. Liard, *Descartes*, París, 1882. Fouillée, *Descartes*, París, 1893. Cournot, *Considérations sur la marche des idées... dans les temps modernes*, París, 1872, 2 vol. Bertrand, *Les fondateurs de l'astronomie moderne*, París, 1865. Tannery, *Les sciences en Europe de 1599 à 1648 y les sciences en Europe de 1648 à 1715* en los tomos V y VI de la «Histoire générale du IV^o siècle à nos jours,» París, 1895. Véase al final de esos dos estudios las indicaciones bibliográficas sobre la historia general de las ciencias.